

IV. EDIZIOA



“Café Bar Bilbao”

Teatro Laburreko Saria
Premio Teatro Breve

Benjamin Alonso
Entre Sillas

20004

TEATRO BREVE

ENTRE SILLAS

BENJAMÍN ALONSO
benjalonso@hotmail.com
octubre 2004

En el escenario hay dos sillas, dos personajes, dos tacos de billar y un pañuelo amarillo. El pañuelo cuelga de los tacos de billar ocultando una parte de ellos. Estos reposan en un soporte. Los dos personajes se encuentran de pie, cada uno detrás de una silla con las manos apoyadas en el respaldo. Hay una distancia entre ellos. FERNANDO se sitúa a la izquierda y EL OTRO a la derecha, desde el punto de vista del espectador. Los dos mantienen una posición similar, permanecen inmóviles con la mirada lejana, como petrificados. En un momento dado los dos accionarán a la vez y se sentarán en sus sillas respectivas iniciando el diálogo en posición frontal al público.

FERNANDO: ¿Aquí?

EL OTRO: Hay muchos lugares.

FERNANDO: ¿Ahora?

EL OTRO: También los momentos son infinitos: antes, luego, después...

FERNANDO: Dentro de un rato...

EL OTRO: Enseguida.

FERNANDO: Al cabo de años...

EL OTRO: *(Mirando la sala)* Está bien este café.

FERNANDO: Ya hemos estado aquí más veces.

EL OTRO: Algunas veces.

FERNANDO: Cada cierto tiempo.

EL OTRO: Cuando menos te lo esperas...

FERNANDO: Hay un olor extraño.

EL OTRO: ¿Extraño?

FERNANDO: Sí, extraño, huele raro.

EL OTRO: *(Oliendo.)* Sí. Es cierto.

FERNANDO: Huele como a...

EL OTRO: Azufre

FERNANDO: ¡Sí!

EL OTRO: *(Mirando al público.)* Algún diablo andará suelto.

FERNANDO: Muy a menudo.

EL OTRO: De vez en cuando.

FERNANDO: Demasiadas veces.

EL OTRO: ¿Demasiadas?

FERNANDO: Aquí me presentaste a Lucía.

EL OTRO: Llegó tarde, pero llegó hermosa.

FERNANDO: A mediodía...

EL OTRO: Un día...

FERNANDO: Una vez...

EL OTRO: ¡Siempre!

FERNANDO: Sí, siempre.

EL OTRO y FERNANDO: *(Hablando a la vez)* Siempre hay tiempo para brindar con un amigo. *(Se miran).*

FERNANDO: Brindar por los viejos tiempos.

EL OTRO: ¡Brindar por el porvenir!

FERNANDO: ¿Brindamos?

EL OTRO: ¡Brindemos!

FERNANDO: *(Levantando el brazo)* ¡Camarero!

La música levanta a los personajes de sus sillas y los mueve por el escenario. Su movimiento sencillo marcará diferentes desplazamientos dando protagonismo a las sillas, hábilmente manipuladas por los actores, como si éstas desarrollaran un diálogo entre ellas. Este diálogo de sillas crecerá en intensidad generando una agitación en los personajes a lo largo de la escena siguiente. Las sillas quedan finalmente enfrentadas guardando una discreta distancia entre ellas. Los personajes se sientan frente a frente mostrando sus perfiles al público. Al igual que la escena anterior, se sitúan FERNANDO a la izquierda y El OTRO a la derecha del espectador.

EL OTRO: Dime porqué.

FERNANDO: ¿Porqué qué?

EL OTRO: Porqué lo hiciste.

FERNANDO: ¿Porqué? No pude evitarlo.

EL OTRO: ¿No pude evitarlo?, ¿Cómo que no pudiste evitarlo?. Todo es evitable.

FERNANDO: ¡Qué estupidez! Hay cosas que son imposibles de evitar, ¡imposibles! Uno no es consciente de sus actos, llega a perder el control de sí mismo, como si estuviera siendo manejado por otra persona, como si manejaran sus actos, ¡como si dictaran sus palabras! Llega a perder el juicio, su propio juicio y ¡no sabe realmente lo que hace! No sabe, no sabe lo que está haciendo, porque lo único que quiere es que se acabe todo, que se acabe todo de una vez y para siempre. ¡Para siempre!

EL OTRO: Bueno, bueno muchacho. ¡Tranquilízate!

FERNANDO: Lo siento.

EL OTRO: Tranquilo...

FERNANDO: Es que, no pude, de verdad que no pude...

EL OTRO: Bueno, ya está...

FERNANDO: Nunca imaginé que llegaría a ...

EL OTRO: Es agua pasada.

FERNANDO: Te juro...

EL OTRO: ¡Basta! No jures. Basta. Lo hecho, hecho está.

FERNANDO: Sí...

EL OTRO: Es imposible volver atrás.

FERNANDO: Imposible...

EL OTRO: Quizás fuera la única salida.

FERNANDO: La única...

EL OTRO: Y lo has hecho porque lo tenías que hacer.

FERNANDO: Claro, claro, lo tenía que hacer...

EL OTRO: Respira muchacho, respira.

FERNANDO: Sí... (*Breve pausa.*) Cuanto tarda el camarero.

EL OTRO: Vendrá enseguida.

FERNANDO: Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar, no tenía elección: o ella o yo. Mi vida ha viajado en una infernal montaña rusa desde el día que la conocí. Al principio todo era maravilloso como una atracción de feria. ¡Disfrutábamos tanto el uno del otro! No podíamos ni queríamos separarnos. La montaña rusa estaba allí esperándonos y corrimos a subirnos a la atracción, valientes y enamorados, incapaces de imaginar el fatal viaje que nos esperaba. Un primer empujón seco y el trenecito se puso en marcha. Estábamos avanzando y ya no había marcha atrás. El mundo terrenal se iba

quedando atrás en una lenta despedida, a nosotros nos esperaba el cielo ¡la gloria!. Ascendimos muy poco a poco, juntos, ¡emocionados! Sonreíamos al vernos lejos de los demás, lejos de todo ese mundo que se iba haciendo pequeño y diminuto, mientras que nosotros seguíamos elevándonos, como nuestro amor que se hacía enorme, ¡indestructible! Subimos lentamente, lentamente hasta lo más alto. Parecíamos dioses tocando las nubes con las manos, con estas manos, y mirábamos inalcanzables hacia abajo, sintiendo que todo el mundo quedaba postrado a nuestros pies.

EL OTRO: *(Al público)* ¿Quién desea subir a los cielos?

FERNANDO: Tiene gracia. Sí, si que tiene gracia. Tu me la presentaste ¿Recuerdas? “Esta es Luz” Nunca la llamaste Lucía, ella fue siempre Luz para tí. Yo estaba sentado y me levanté al instante al ver aparecer tras de ti a un ángel, ¡era preciosa!. ¡Cómo recuerdo aquel día! Comenzaba el otoño pero aún hacía buen tiempo. Ella llevaba sandalias y un pañuelo amarillo alrededor del cuello. No podía quitarle la vista de encima ¡Dios santo!, ¡Santo Dios, estaba hipnotizado por su belleza! ¿Qué sucede? ¿Te ocurre algo?

EL OTRO: No, nada. Simplemente un pequeño escalofrío.

FERNANDO: A mí me ardía la sangre. Se sentó frente a mí y sonreía. Cualquier hombre podría ser feliz con aquella mujer. Cada vez que se apartaba el pelo de la cara se alborotaban tintineantes sus pulseras. Tenía un cuello largo, precioso y sus ojos grandes guardaban una mirada dulce y cálida. Te fuiste un momento al lavabo y nos quedamos solos, solos y mudos. *(Comienza a sonreír)* Ninguno de los dos se atrevía a decir nada. Se creó un silencio que a mí se me hizo eterno, pero no era una situación incómoda, no, ni mucho menos, ¡estábamos encantados!. Un dulce encantamiento nos emborrachó con una estúpida risa. Si, comenzamos a reírnos de la manera más tonta, uno enfrente del otro nos reíamos, nos reíamos como dos adolescentes estúpidos. *(Ríe)* y yo pensaba: esta situación

es ridícula, no puede ser, yo tengo que decir algo. Entonces (*sigue riendo*) entonces le pregunté: “¿Quieres tomar algo?” Y comenzaron a saltarle las lágrimas, porque no podía parar de reír, (*sigue riendo*) y yo tampoco. Y justo en ese momento llegó, llegó el camarero y preguntó: “¿Quieren tomar algo?” Se me escapó una carcajada, estábamos temblando de risa (*no para de reír*) y el camarero allí, se pensaba que nos estábamos riendo de él y mientras nosotros reíamos, él se iba poniendo cada vez más serio. Era muy gracioso, una situación absurda, totalmente absurda. (*Pausa. Su gesto cambia y comienza a ponerse serio*) Absurdo. Sí, esa es la palabra. Todo ha sido absurdo, sin ningún sentido.

EL OTRO: Todo tiene sentido.

FERNANDO: Sigo sin comprender nada. ¡La persona de estos últimos años no era yo! Te das cuenta, no logro reconocerme a mí mismo. ¿Cómo he podido cambiar tanto?

EL OTRO: Todos vamos cambiando, el mundo cambia, todo se transforma.

FERNANDO: No es una cuestión de cambio o “evolución natural” no quiero decir que ahora sea diferente, eso es lógico. Lo que quiero decir es que soy com-ple-ta-men-te dis-tin-to, ¿entiendes? Distinto, soy otro, ¡OTRO YO!

Transición. Los dos actores voltean sus sillas quedándose sentados y apoyados en los respaldos de espaldas al público. Suena un teléfono móvil. EL OTRO realiza la acción de hablar por el celular llevando su mano junto a la oreja.

EL OTRO: (*Con cierta agitación.*) Ya he salido. No te preocupes... ¿La has encontrado?... Sí... Bien. Has hecho muy bien. Tú no te muevas de ahí... Estoy en camino... De acuerdo, de acuerdo... Sí. Yo llego enseguida.

Apaga el teléfono. Entra de nuevo la música accionando a los personajes en un tiempo lento, se inicia una narración de movimientos ralentizada. EL OTRO gira su silla y la adelanta. Aparece sentado de cara al público, conduce un coche. La noche le impide ver con claridad. FERNANDO, a su vez, recoge el pañuelo amarillo que sujeta con sus manos e inicia un baile extremadamente lento con él. Las dos escenas se desarrollan paralelas. La danza de FERNANDO evoluciona mientras EL OTRO continúa conduciendo el coche con la mirada al frente. De pronto un amplio gesto de EL OTRO marca la violencia de un frenazo en seco acompañado de un giro de volante. El coche se detiene. FERNANDO marca la apertura de la puerta trasera y entra precipitadamente en el interior del automóvil sentándose en el asiento de atrás, su silla.

FERNANDO: *(Agitado)* ¡Arranca! Vamos, date prisa. Tenemos que salir de aquí ahora mismo. ¡Arranca!

EL OTRO arranca de nuevo el coche. Los personajes hablan en el interior del vehículo.

EL OTRO: ¿Qué ha pasado? *(Silencio.)* ¿Qué has hecho?

FERNANDO: Ha pasado lo que tenía que pasar.

EL OTRO: ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Luz?

FERNANDO: ¿Luz? La Luz se ha apagado.

EL OTRO: ¿Me quieres decir de qué estás hablando?

FERNANDO: Lucía ya no está.

EL OTRO: Vamos, ¡Explícate!

FERNANDO: Lucía ha muerto.

El OTRO para en seco el coche. Los dos personajes se miran.

FERNANDO: Estaba enferma. Tú lo sabías. Estaba muy enferma. Hace un año que comenzaron los ataques, justo, justo cuando perdí el empleo. Tiene gracia ¿verdad? Las desgracias nunca vienen solas...

EL OTRO: ¿Me quieres decir qué ha pasado?

FERNANDO: Ya no sufrirá más. No, ella ya no sufrirá más y yo tampoco. Se acabaron las medicinas, los ataques... cada vez eran más frecuentes y más violentos. Era, era insoportable vivir con ella, te aseguro que parecía estar poseída por un demonio ¡era imposible vivir! Tú tienes que entenderlo, tú eres mi amigo. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Pero no importa porque ahora todo va a cambiar, todo será diferente. Ya no habrá más discusiones, ya no habrá más peleas, ya...

EL OTRO: *(Se gira en su silla)* No seas iluso, ¿cómo puedes decir que estaba poseída? Es simplemente epilepsia. Esa era su enfermedad *(agarrándole a Fernando del cuello)* ¿Me vas a decir de una vez lo que has hecho?

FERNANDO: Nada, yo no he hecho nada. Yo nunca podría haber hecho nada malo a nadie, yo siempre he sido una buena persona, un hombre bueno. *(EL OTRO le suelta)* Tú me conoces, tú sabes como soy. Lucía siempre me decía que yo era maravilloso, que nadie la había querido tanto como yo. Estaba muy enferma. Yo me había pasado dos años cuidando a mi madre, y ahora ella. Tanta enfermedad me estaba quitando la vida y yo ¡tenía ganas de vivir! ¿Comprendes? Cuando Lucía se enteró que yo había estado con otras mujeres se puso todavía peor. Ultimamente apenas hablábamos, porque siempre que lo hacíamos acabábamos discutiendo. Ataques, medicinas, discusiones, peleas... ¡ un

infierno! ¡Nadie puede vivir así, en un infierno! El último ataque fue muy fuerte, con vómitos. Las convulsiones duraron varios minutos. Cuando pasó todo, se puso muy violenta. Tuvimos una gran discusión y se escapó de casa. Yo estaba asustado. Te llamé y me dijiste que fuera tras ella, que tú llegarías enseguida. La encontré aquí. Comenzó a chillarme, a gritar y... ¡Se me fueron las manos!. Primero tapé su boca, te juro que se me fueron las manos. ¡No lo pude evitar! Estas manos, mis manos agarraron su cuello largo y claro, su cuello de ángel y mis pulgares caminaban solos, ¡solos! ¡Te juro que no era yo, era como si otro infernal me dominara! Mis pulgares avanzaban imparables hacia adentro, hacia adentro hasta que el pánico de sus ojos se apagó para siempre.

EL OTRO: ¿Qué has hecho? (*Agarrándole nuevamente del cuello*) ¿Qué has hecho, asesino? ¡Te has comportado como un burro, como un perro sarnoso!

A lo lejos suenan sirenas de policía que se acercan.

FERNANDO: (*Soltándose de EL OTRO*) Por favor, te lo suplico, ¡sácame de aquí!

De nuevo la música va marcando una nueva transición que se desarrolla con movimientos lentos. EL OTRO arranca suavemente de las manos de FERNANDO el pañuelo amarillo, la lenta despedida de una dolorosa separación. EL OTRO incorporándose, avanza y camina lentamente entre los espectadores como un mago hipnotizador. Elige a una chica entre el público. Se acerca a ella y le coloca el pañuelo amarillo alrededor del cuello. Colocado el pañuelo, le entrega finalmente una pequeña candela y la enciende. EL OTRO se acerca a la chica y susurra en su oído “sabrás cuando apagar tu vela, sigue mi ejemplo”. FERNANDO ha permanecido toda la escena

inmóvil, con la mirada vacía, él también saca una pequeña candela. EL OTRO y FERNANDO encienden sus velas al mismo tiempo. EL OTRO camina de nuevo hacia el escenario, FERNANDO dejará su vela en el soporte de los tacos de billar. La música ordena el movimiento lento de los actores que cogen de nuevo las sillas y las colocan en una diagonal que marcará el tablero virtual de una mesa de billar. Los dos personajes cogen un taco cada uno. La escena se desarrolla jugando una partida de billar.

FERNANDO: Tienes dos tiros (*colocando la bola blanca, imaginaria, en el punto de salida*). Golpeé primero a una de las tuyas.

EL OTRO: Va a ser bastante fácil ganarte. Hoy no te veo muy concentrado.

EL OTRO golpea con el taco, se escucha el chasquido de las bolas.

FERNANDO: No lo estoy, aún sigo afectado por el entierro.

EL OTRO: El tiempo lo cura todo. (*Vuelve a golpear*). Ahora debes distraerte y no preocuparte tanto. Te toca tirar.

FERNANDO: Sí... (*mira las bolas y busca posición para tirar*). Parece como si hubiera fuego en el ambiente, tengo la garganta seca.

EL OTRO: Habrá que llamar al camarero.

FERNANDO: Sí. Le he llamado ya varias veces pero no hay manera de que venga. (*Golpea*) ¡Mierda! Te acabo de regalar otros dos tiros, he metido de nuevo la blanca.

EL OTRO: Bien, bien. Tú sigue así campeón.

FERNANDO: No debimos marcharnos de vacaciones. Yo sabía que era muy arriesgado dejar a mi madre sola, pero Lucía se empeñó en marcharnos una semana fuera. Decía que no le dedicaba nada de tiempo, que necesitábamos estar los dos juntos.

EL OTRO: Las cosas llegan siempre de manera inesperada.

FERNANDO: Tú también me animaste a que me marchara con Lucía, ¿recuerdas?: “Claro hombre, vete con ella. ¡Disfruta de la vida!” Me dijiste. Yo aunque tenía mis dudas, al final lo hice. Cuando volvimos de vacaciones, mi madre se murió a los dos días.

EL OTRO: Tú lo que tienes que hacer es estar con otras mujeres.

FERNANDO: ¿Cómo?

EL OTRO: Tú madre, tu novia... ¡Tienes que ampliar el universo femenino!

FERNANDO: Pero...

EL OTRO: Mira Fer, siento mucho lo de tu madre, era una mujer mayor y llegó su hora. Pero no puedes someterte ahora a tu novia como una prolongación de tu madre. Necesitas divertirte, disfrutar de la vida, probar experiencias nuevas.

FERNANDO: Tú crees...

EL OTRO: Sí hombre sí, basta de lamentaciones. Lo que importa ahora son los que se quedan, no los que se van. Sentimiento de culpabilidad, autoestima; ese, ese es tu problema. Te falta confianza en ti mismo compañero, amor propio. Piensa que eres capaz de todo lo que te propongas, tú puedes conseguirlo todo ¡todo!. Lo único que necesitas es romper con las ataduras, destruir las barreras, ¡superar los límites!

FERNANDO: ¡Necesito una cerveza!

EL OTRO: ¡Un par de Whiskys, qué demonios!

FERNANDO: Tienes razón, un par de whiskys. ¡Qué demonios! *(Levantando el brazo)*
¡Camarero!

EL OTRO: El mundo está lleno de cosas hermosas, por todas partes Fer. Sólo se necesita querer cogerlas. Las mujeres nos dan identidad, nos dan respeto, fuerza, nos llenan de coraje. Un hombre sin mujeres no es un hombre completo, y aquellos que se deciden por una sola mujer, se convierten finalmente en esclavos. Un hombre sin libertad tampoco es un hombre. El placer que otorgan las mujeres no es comparable a nada, te lo aseguro, a nada. Pero debes tener cuidado, esta es un arma de doble filo que es necesario saber manejar porque si por el contrario eres tú quien se somete a ellas, entonces el placer desaparece y también dejas de ser un hombre, te conviertes en un burro, en un perro, una gallina o una rata. *(Jugando con el taco)* El tamaño de tu autoestima es directamente proporcional al número de mujeres que consigas. *(Golpea)* Tienes suerte, te he dejado colocadas las bolas. Vamos Fer, te están esperando, lo reconozcan o no, todas aguardan a que llegues.

FERNANDO: Bien, allá voy *(Calcula minuciosamente el tiro, como quien tensa una flecha en su arco y la lanza)* ¡Estupendo! Mi suerte está cambiando compañero; ya lo viste. ¡Un solo golpe y entraron tres en el agujero!

De nuevo la música mueve a los personajes que se desplazan neutros hacia el fondo llevándose sus sillas y abandonando los tacos. Sonidos de rejas y puertas metálicas que se cierran en largos pasillos. FERNANDO gira muy lentamente hacia el público, sujetando su silla como si se agarrara a unos barrotes. EL OTRO, aún de espaldas, gira rápido con su silla adoptando la misma posición que FERNANDO. Los dos inician el diálogo frontales al público.

EL OTRO: He venido a visitarte.

FERNANDO: Vete de aquí.

EL OTRO: Son muchos los lugares.

FERNANDO: ¡Lárgate de aquí!

EL OTRO: También los momentos son infinitos: al atardecer, de madrugada, durante el día, cuando menos te lo esperas...

FERNANDO: Márchate ahora mismo.

EL OTRO: Después, más tarde...

FERNANDO: He dicho ahora mismo.

EL OTRO: *(Mirando la sala)* Está bien este lugar.

FERNANDO: Déjame tranquilo.

EL OTRO: Luego, dentro de un rato...

FERNANDO: Fuera, ¡FUERA!

EL OTRO: Un momentino, un momentino, un momentino...

FERNANDO: ¿Qué es lo que quieres?

EL OTRO: Siempre hay tiempo para brindar con un amigo. Brindar por los viejos tiempos ¡Brindar por el porvenir!

FERNANDO: Si, siempre hay tiempo... pero nunca llega el camarero.

Al mismo tiempo los dos personajes cambian de posición sentándose en sus sillas uno enfrente del otro. Muestran sus perfiles al público.

FERNANDO: Mi error ha sido brindar contigo.

EL OTRO: Vamos, no ha sido tan malo.

FERNANDO: ¿Por qué lo has hecho?

EL OTRO: ¿Qué es lo que he hecho Fer?

FERNANDO: ¡No me llames Fer! Me llamo Fernando. Fer-nan-do, con todas las letras.

¿Porqué te empeñas en reducir mi nombre? Quiero ser un “yo” completo: Fer-nan-do.

EL OTRO: No te entiendo.

FERNANDO: ¿Por qué has estado jugando conmigo?

EL OTRO: ¿Jugando?

FERNANDO: Sí, jugando.

EL OTRO: Yo no he jugado contigo.

FERNANDO: He hecho cosas que nunca imaginaría.

EL OTRO: Simplemente has hecho aquello que has deseado.

FERNANDO: No es cierto.

EL OTRO: Has tenido un deseo muy grande.

FERNANDO: Tú me has envenenado.

EL OTRO: ¡No me hagas reír!

FERNANDO: ¡Yo quería a Lucía!

EL OTRO: Y la quitaste la vida.

FERNANDO: No fui yo, yo no pude hacerlo...

EL OTRO: Con tus manos

FERNANDO: ¿Con mis manos?

EL OTRO: Luz ya no existe, y tú no te reconoces.

Como un ser invisible, EL OTRO se levanta muy lentamente de su silla y se coloca detrás de ella, frontal al público. FERNANDO continúa hablando con su interlocutor invisible en la silla vacía.

FERNANDO: ¿Porqué la llamas Luz y recortas también su nombre, porqué? ¿Me lo quieres explicar? *(FERNANDO se sienta en la silla de EL OTRO. Cambiará alternativamente de silla manteniendo un diálogo consigo mismo)*. No entiendes nada cuando todo está claro. *(Volviendo a su silla)* No entiendo nada. No te entiendo y no me entiendo. *(Cambio)* Eres incapaz de ver lo que está a la vista de todos. *(Vuelve a su silla. Cada vez que FERNANDO retorna a su silla EL OTRO va aproximando poco a poco la suya hacia el primero; los cambios son muy rápidos)* Ya me doy cuenta, tú me has transformado *(Cambio)* No te equivoques otra vez. No hay nadie más que tú *(Vuelve a su silla)* No es cierto. Ese otro no soy yo *(cambio)* Nadie más que tú *(Vuelve a su silla)* Es mentira *(cambio)* Sólo tú mismo. *(Vuelve a su silla agarrando la otra como unos barrotes)*

EL OTRO: Tú mismo.

FERNANDO: *(Comienza a alzar la otra silla boca abajo, lentamente, quedando atrapado entre las dos sillas)* Yo-mis-mo...

La música comienza a sonar suavemente. EL OTRO recoge la vela encendida que dejó FERNANDO. Se inicia de manera muy progresiva el oscuro.

EL OTRO: Siempre hay una Luz. Puede estar cerca, lejos, más allá. Quizás esté al lado; fíjense y miren a su alrededor. Miren bien dónde se sientan, no vayan a equivocarse de silla. Normalmente aparece una luz cuando menos lo esperamos y se queda entre nosotros, al lado de un Fernando cualquiera. Ellos son necesarios, ellos me dan la existencia... Luz y Fer... *(suavemente acerca la vela a su cara mientras el resto de la*

escena va quedándose a oscuras) Luz y Fer... (En la oscuridad creciente solo vemos el rostro de EL OTRO iluminado por la vela) Luz y Fer. (EL OTRO dirige su última mirada hacia la chica del pañuelo amarillo y con un largo soplo deshace el fuego de la vela. Se espera que la chica del pañuelo amarillo apague también en este momento su llama. Todo queda en completa oscuridad; solamente la música continúa, sonando suavemente).

FIN DE LA OBRA